

EL PATOSO

WALTER M. MILLER, JR.

Todo el mundo veía que era un hombre del espacio debido a las marcas blanquecinas que las gafas protectoras habían dejado en su rostro quemado por el sol; debido a ello, las gentes estaban más fácilmente dispuestas a soportarlo y ayudarlo. Incluso mostraron mucha indulgencia hacia él cuando tropezó y cayó en medio del pasillo del autobús, mientras intentaba convencer a una joven ama de casa que se sentara a su lado y charlara un poco con él.

Una vez en el suelo, decidió quedarse allí y se durmió. Dos hombres lo arrastraron hasta la parte trasera del autobús, lo dejaron caer pesadamente sobre el banco del final, y colocaron la botella de ginebra fuera del alcance de su vista. Después de todo, hacía nueve meses que no había visto la Tierra y, a juzgar por las costras que cubrían sus párpados, tampoco debía poder verla muy bien ahora, ni siquiera aunque no estuviera borracho. Las quemaduras debidas al excesivo brillo del sol, el desequilibrio causado por la vuelta a la gravedad, y la agorafobia, disculpaban muchas cosas en un hombre que acababa de regresar del Gran Abismo sin fondo. ¿Quién podía reprocharle a un tal hombre que se comportara de forma un tanto extraña?

Unos minutos más tarde se hallaba de nuevo en el pasillo y se dirigía con paso vacilante hacia la menuda ama de casa de antes, gritando:

—¡Hau! ¡Yo Gran Jefe Ala Rota! ¿Tú querer hacer un poco de lucha india conmigo?

La joven, que se agitaba nerviosamente en su asiento mientras le miraba con aire inquieto, sonrió pálidamente y agitó la cabeza en un inequívoco no.

—Eres una palomita juiciosa, ¿eh? —murmuró él afectuosamente, dejándose caer sobre el asiento al lado de ella.

Los dos hombres de antes se levantaron, y uno de ellos apoyó una mano en su hombro y le dijo:

—Vamos, ven, Ala Rota. Ven a acostarte.

—Mi nombre es Hoggy —dijo él—. Soy el Gran Hogey Parker. Bromeaba al decir que era un indio.

—Ya lo sé. Anda, ven a tomar una copa con nosotros. —Lo ayudaron a ponerse en pie, y guiaron sus pasos vacilantes a lo largo del pasillo.

—Mi madre era medio cherokee, ¿comprenden? —dijo él—. Por eso he dicho lo del indio. ¿Quieren escuchar un grito de guerra indio? ¿Uno auténtico?

—Oh, no vale la pena.

Sin tener en cuenta la observación, puso sus manos haciendo bocina en torno a su boca y obsequió a los asistentes con una prueba de su ascendencia capaz de helar la sangre en las venas. Los pasajeros del

autobús se estremecieron en sus asientos y hundieron un poco sus hombros. El conductor detuvo el vehículo e invitó seriamente a Hogey a dejar de dar aquellos espectáculos. Mostrando una pulida insignia de ayudante de sheriff, lo amenazó incluso con ponerlo en manos de un agente de la policía.

—Tengo que volver a casa —le dijo el Gran Hogey—. He tenido un crío, ¿sabe? Es por eso por lo que tengo que volver. He tenido un pichoncito de hijo. ¡Y aún no lo he visto!

—Entonces, ¿se sentará y se quedará tranquilo? —dijo el conductor.

El Gran Hogey asintió enérgicamente con la cabeza y dijo con voz contrita:

—Le pido perdón, señor oficial: no quería causar problemas.

Cuando el autobús se puso de nuevo en marcha, se dejó caer de costado en el asiento y se quedó inmóvil. Tras lanzar algunos eructos, empezó a roncar suavemente. El conductor lo despertó en el cruce de Caine, tomó la botella de ginebra de debajo del asiento para devolvérsela, y le ayudó a bajar del autobús.

Una vez en el suelo, el Gran Hogey dio algunos torpes pasos titubeando, luego se dejó caer brutalmente en la grava de la orilla. El conductor del autobús hizo una breve pausa, con un pie en el estribo de la puerta del vehículo, para mirar a su alrededor. No había ningún edificio cerca del cruce, tan sólo un pequeño almacén cerca de la vía del ferrocarril, una o dos granjas al final de una carretera secundaria transversal y, al otro lado de la carretera, una estación de servicio abandonada con el techo hundido. Aquella región de la Gran Llanura era árida y semidesértica.

El Gran Hogey se levantó, dio algunos vacilantes pasos ante el autobús, agarrándose a él para sostenerse, y al hacerlo dejó caer su mochila.

—¡Hey, cuidado con los coches! —le gritó el conductor. Sintiendo compasión a pesar suyo, corrió tras su molesto pasajero, lo sujetó de un brazo en el momento en que se derrumbaba de nuevo, y preguntó:

—¿Quiere pasar al otro lado?

—Sí —murmuró Hogey—. Pero déjeme. Sé arreglármelas solo.

El conductor se preparó para ayudarlo a atravesar. No había mucha circulación en aquella carretera, pero resultaba peligrosa porque no había ninguna limitación de velocidad.

—Puedo arreglármelas solo —seguía diciendo Hogey—. Soy un acróbata, ¿sabe? Es la gravedad lo que me molesta. No estoy acostumbrado a ella, ¿comprende? Antes era acróbata... ¡Sí! Pero ahora es preciso que me convierta en un rastrero. Sí, deberé arrastrarme el resto de mi vida. Y todo a causa del Pequeño Hogey. ¿Ha oído hablar usted del Pequeño Hogey?

—Sí. Es su hijo. Vamos, venga.

—Dígame, ¿tiene usted un hijo? —preguntó Hogey—. Sí, apostarí a que tiene usted un hijo.

—Tengo dos hijos —respondió el conductor, sujetando la mochila que se deslizaba del hombro de su pasajero—. Dos chicas.

—Bien, pues debería estar usted en casa con sus niñas. Un hombre debe permanecer pegado a su familia. Tendría que buscarse usted otro trabajo —dijo Hogey, mirándole con ojos de búho. Agitó un dedo moralizador, resbaló en la gravilla en el momento en que su guía y él llegaban a la orilla opuesta, y cayó de nuevo al suelo

Con un cansado suspiro, el conductor bajó su mirada hacia él y agitó la cabeza, pensando que después de todo quizá fuera más juicioso ir a buscar a un agente. Aquel pobre diablo podía hacerse matar si le dejaban vagabundear así.

—¿Ha de venir a buscarle alguien? —preguntó, mirando de soslayo hacia las polvorientas colinas.

—¡Yup!... ¿Qué? ¿A mí? —gruñó Hogey. Soltó otro eructo y agitó negativamente la cabeza, respondiendo—: No. Nadie sabe que llego. Es una sorpresa. Se supone que estoy aquí desde hace una semana. —Levantó hacia el conductor un entristecido rostro y dijo—: Una semana de retraso, ¿comprende? Marie va a estar enfadada. ¡Vaya si va a estar enfadada!

Contempló el suelo, inclinando fuertemente la cabeza.

—¿A que lado va? —gruñó el conductor con tono impaciente.

Hogey señaló con una mano hacia la carretera transversal que conducía a las colinas y respondió:

—A casa del padre de Marie. ¿Ve donde está? A unos cuatro kilómetros de aquí. No tengo más que echar a andar, supongo.

—No —dijo el conductor—. Quédese sentado a un lado de la carretera hasta que pase alguien que pueda llevarle en coche. ¿De acuerdo?

Hogey asintió vagamente con la cabeza.

—¡Y sobre todo no ande por la carretera! —le gritó el conductor antes de atravesarla corriendo. Un instante después, el motor accionado por una batería atómica zumbó lúgubrementemente, y el autobús se puso en marcha.

El Gran Hogey lo contempló alejarse parpadeando y frotándose la nuca.

—Una gente simpática —murmuró—. Vaya que sí. Pero todos rastreros.

Con un gruñido, se puso titubeante en pie: pero sus piernas se negaban a sostenerlo. Con un reflejo de equilibrista, intentó mantener el equilibrio agitando frenéticamente los brazos; pero la gravedad lo venció y cayó en la cuneta.

—¡Malditas piernas! —gritó—. ¡Malditas piernas locas!

El fondo de la cuneta estaba mojado, y tuvo que arrastrarse sobre sus rodillas cubiertas de barro para izarse hasta la orilla y volver a sentarse en ella. La botella de ginebra no se había roto. Bebió un largo trago que lo calentó hasta lo más profundo de su ser, y miró parpadeando el lúgubre y desnudo paisaje.

El sol, en su ocaso, brillaba con un resplandor rojo fuego sobre el polvoriento horizonte. El cielo, estriado de sangre, tenía en el cenit un color amarillo azufre, e incluso el aire que se agitaba sobre el paisaje parecía cargado con un humo amarillento... el omnipresente polvo de las llanuras.

Un camión granjero giró para adentrarse en la carretera transversal, sin que el conductor dirigiera ni una mirada hacia el hombre joven y moreno sentado sobre su abultada mochila y que se bamboleaba de un lado a otro de la cuneta. Hogey, por su parte, apenas vio el vehículo y su conductor: seguía mirando fijamente a aquel loco sol.

Agitó la cabeza. Aquello no era realmente el sol. El sol, el auténtico, era una cosa horrible y odiosa que brillaba en el abismo negro y quemaba los ojos. Lo iluminaba todo con una luz blanca que dolía, y era con esa luz, tan penosa de soportar, con la que aparecían los objetos. Aquel gran sol rojo no era más que una imitación, y Hogey no se dejaba engañar por él. Lo detestaba por lo que ocultaba tras aquella máscara ensangrentada y por lo que le había hecho a sus ojos.

Se levantó con un nuevo gruñido, consiguió izar la mochila hasta sus hombros, y se puso en marcha en mitad de la carretera que conducía a la granja, oscilando de uno a otro lado manteniendo los ojos fijos en el horizonte que parecía rodar ante él. Otro vehículo ingresó en la carretera, haciendo sonar furiosamente la bocina.

Hogey quiso girarse para mirarlo, pero le falló el pie; vaciló y cayó. Los neumáticos del vehículo chirriaron sobre el caliente asfalto. Hogey permaneció tendido, gimiendo. La rueda le había golpeado la cadera. Una portezuela se abrió bruscamente y un hombre grueso de rostro rubicundo descendió y avanzó hacia él a grandes zancadas, con aspecto encolerizado.

—¿Qué demonios le pasa, maldita sea? —preguntó con voz arrastrada—. ¿Está borracho o qué? ¡Seguro que está empapado como una esponja!

Hogey intentó de nuevo, obstinadamente, ponerse en pie, mientras agitaba la cabeza para aclarar las ideas.

—Mis piernas están acostumbradas al espacio —se disculpó—. Aquí soy un patoso. No puedo soportar la gravedad.

El corpulento granjero agarró la botella de ginebra, aún milagrosamente intacta, que asomaba por su bolsillo, y gritó:

—¡Ésta es su gravedad! Escuche, será mejor que vuelva a su casa... ¡y pronto!

—¿*Pronto*? —repitió Hogey—. ¡Oiga, yo no soy mejicano! ¡Se lo juro, es el espacio quien me ha quemado así! ¿Comprende?

—Sí —respondió el otro—. ¿Pero quién es usted? ¿Acaso vive por aquí?

Evidentemente, el hombre lo tomaba por un vagabundo. Hogey se tranquilizó un poco.

—Voy a casa de los Hauptman —dijo—. A casa de Marie. ¿Conoce usted a Marie?

El granjero enarcó las cejas.

—¿Marie Hauptman? Por supuesto que la conozco. Pero ahora se llama Marie Parker. Desde hará pronto seis años. Oiga... —se interrumpió un instante, luego continuó, mirando a su interlocutor con aire asombrado—: ¿No será usted por casualidad su marido?

—Soy Hogey. El Gran Hogey Parker.

—¡Oh, sí! —exclamó el granjero—. ¡Al diablo sí...! Suba. Paso cerca de casa de John Hauptman. ¡No está usted en condiciones de seguir el camino a pie!

Esbozó una sonrisa, agitó la cabeza y ayudó a Hogey, abrumado por su mochila, a instalarse en el asiento trasero. Una mujer con el cuello muy curtido por el sol estaba sentada, muy envarada, al lado del conductor. No dedicó ninguna palabra de bienvenida al nuevo pasajero, ni siquiera se giró para mirarle.

—Ya no hacen coches como este —dijo el granjero, elevando la voz para dominar el rugido del viejo motor de gasolina y el gruñir del embrague—. Ahora se pueden comprar los nuevos coches automáticos, con su carga de isótopos calientes bajo el asiento. Pero considero que eso es peligroso... ¿eh, Martha?

La mujer del cuello curtido por el sol agitó ligeramente la cabeza y respondió con voz átona y arrastrada:

—Este tipo de coche era lo suficientemente bueno para papá, y considero que es lo suficientemente bueno para nosotros.

Cinco minutos más tarde el coche se detuvo al borde de la carretera.

—Creo que puede hacer el resto del camino a pie —dijo el granjero—. No tiene que hacer más que seguir todo derecho para llegar a casa de los Hauptman.

Ayudó a su pasajero a bajar del coche y partió inmediatamente, sin siquiera girarse para ver si Hogey se mantenía sobre sus piernas. La mujer del cuello curtido por el sol, de pronto muy locuaz, había empezado a hablar mientras miraba en su dirección.

Era la hora del crepúsculo. El sol se había ocultado y el amarillo cielo estaba adquiriendo un tono grisáceo. Hogey estaba demasiado cansado para proseguir su camino, y sus piernas se negaban a sostenerle. Echó una ojeada a su alrededor, parpadeando, y cuando finalmente consiguió fijar su mirada vio, en la ladera de una lejana colina, lo que parecía ser la granja Hauptman. Era una gran edificación de madera rodeada por un campo de trigo y algunos árboles pequeños. Una vez localizada, Hogey se tendió entre la alta hierba pasada la cuneta para descansar un poco.

En algún lugar ladraban perros, y un grillo cantaba su chirriante y monótona canción entre la hierba. A lo lejos se oyó la explosión de un cohete partiendo de su base de lanzamiento, situada a cinco o seis kilómetros al oeste; pero el ruido se apagó rápidamente. Un coche descapotable con motor atómico pasó gimiendo por el camino, pero Hogey quedaba oculto a las miradas.

Cuando se despertó, había caído la noche y estaba temblando. Su estómago gritaba de hambre y sus nervios se estremecían como hilos de alta tensión. Se sentó, buscó a tientas su reloj, luego recordó que lo había dejado como prenda tras la partida de póker. El recuerdo del juego y de su resultado le obligó a hacer una mueca; se mordió el labio y tanteó de nuevo con la mano buscando la botella.

Permaneció sentado, recuperando el aliento tras absorber un buen trago de alcohol. La costumbre de calcular la hora en función de su posición se había convertido para él en una segunda naturaleza; pero tuvo que reflexionar un instante ya que su defectuosa vista le impedía distinguir claramente lo que le rodeaba.

En aquel final de agosto, Vega estaba casi exactamente sobre él en el cielo; así, calculó que el sol no debía hacer mucho que se había puesto, de modo que podían ser sobre las ocho. Se entonó con otro trago de ginebra y regresó a la carretera, notando las ideas un poco más claras tras su pequeña dormida.

Avanzó renqueando y giró a la izquierda para tomar el estrecho sendero que, entre alambradas espinosas, conducía a la granja. Hogey sabía que los campos que se extendían a su izquierda pertenecían al padre de Marie. Estaba muy cerca ahora... muy cerca de la casa, de su mujer y de su hijo.

De pronto, dejó caer su mochila y se apoyó contra uno de los pilones que sostenían la alambrada, con la cabeza hundida en sus antebrazos doblados, ahogándose. Todo su cuerpo temblaba, y sentía tirones en el estómago. Hubiera querido dar media vuelta y huir corriendo, o bien arrastrarse por entre la alta hierba y esconderse.

¿Qué iban a decir? Sobre todo, ¿qué iba a decir Marie? ¿Cómo explicarle en qué se había convertido su dinero?

Seis viajes al espacio y, después de cada uno de ellos, le había hecho la misma promesa:

—Sólo un viaje más, cariño, y tendremos suficiente dinero. Entonces podré dejarlo. Tan sólo una vez más, y tendremos lo suficiente como para abrir una pequeña tienda, o comprar una casa pidiendo una hipoteca y buscar un trabajo.

Ella había esperado; pero el dinero nunca había bastado para realizar sus proyectos... hasta esta vez. Esta vez, el viaje había durado nueve meses y Hogey se había presentado para efectuar todos los trayectos de la estación a la base lunar a fin de cobrar todas las gratificaciones. Y, esta vez, había reunido los fondos. Hacía dos semanas, su cuenta en el banco se elevaba a cuatro mil ochocientos dólares. Pero ahora...

—¿Por qué? —gimió, golpeándose la cabeza contra los antebrazos. Uno de sus brazos se deslizó, su cabeza golpeó la parte alta del pilón y, durante un momento, el dolor lo cegó. Con un sordo gruñido, regresó vacilante al camino, se limpió la sangre que manaba de su frente y pateó furiosamente su mochila.

La mochila rodó por el camino a algunos metros de él. Cojeó en su persecución y, con una nueva patada, la envió de nuevo a rodar lejos. Apaciguando así su irritación, permaneció un momento inmóvil, jadeante, pero sintiéndose mejor. Luego cargó la mochila sobre sus hombros y se puso de nuevo en camino en dirección a la granja.

—No son más que rastreros, pasan su vida arrastrándose, eso es todo —se dijo—. Una pandilla de rastreros encadenados a la Tierra. Y yo, en cambio, soy un acróbata. Un acróbata nato. ¿Saben lo que quiere decir esto? Esto quiere decir... Dios mío, ¿qué es lo que quiere decir? Bien, esto quiere decir que, desde allá arriba, desde el Gran Abismo sin fondo, la Tierra se te aparece como una enorme luna cubierta de larvas... ¡Larvas, eso es lo que sois todos! ¡Nada más que larvas!

Se oyó el ladrido de un perro, y Hogey se preguntó si habría hablado en voz alta. Había llegado ante una barrera, y se detuvo un instante en la oscuridad. El camino serpenteaba a lo largo de la colina y

desembocaba justo ante la casa. Quizá los otros estuvieran sentados en el porche. Quizá lo hubieran oído acercarse. Quizá...

Temblaba de nuevo. Tomó la botella de su bolsillo y dio otro largo trago; luego, viendo que quedaba aún un poco de ginebra, decidió terminársela. No resultaría correcto presentarse en su casa con una botella asomando por su bolsillo. Permaneció de pie bajo el viento frío de la noche, bebiendo su alcohol y contemplando la rojiza luna ascender en el cielo, al este. La luna le parecía tan falsa como el sol poniente.

Luego se envaró, con una súbita determinación. Aquello debía hacerse en un momento u otro; así pues, era mejor terminar con todo... y en seguida. Abrió la barrera, se deslizó al otro lado, y la cerró cuidadosamente tras de sí. Luego, tomando de nuevo su mochila, se abrió camino a través de la alta hierba hasta un seto que separaba el campo de una plantación de pequeños melocotoneros. Consiguió, sin saber demasiado bien cómo, franquear el seto, y se puso en marcha, entre los árboles frutales, hacia la casa. A medio camino, tropezó con unas viejas planchas que crujieron bajo sus pies.

—¡Silencio! —murmuró, prosiguiendo su camino.

El perro ladraba furiosamente ahora, y sintió batir una contrapuerta. Se detuvo.

—¡Hey, ahí! —gritó una voz de hombre procedente de la casa.

Era uno de los hermanos de Marie. Hogey se inmovilizó, petrificado bajo un melocotonero, y aguardó.

—¿Hay alguien? —gritó de nuevo la voz.

Hogey siguió aguardando, luego oyó al hombre murmurar:

—¡Busca, perro! ¡Busca!

Los ladridos ganaron en intensidad. El perro descendió la ladera corriendo y se detuvo a diez metros del árbol, agazapándose y ladrándole furiosamente a la sombra que se destacaba en la oscuridad. Hogey conocía al animal.

—¡Hookey! —murmuró—. ¡Aquí, Hookey, perrito!

El perro dejó de ladrar, olisqueó, se acercó un poco más, y dejó oír un *Rrrroooff* de sorpresa. Luego olisqueó de nuevo, con aire desconfiado.

—¡Tranquilo, Hookey! ¡Aquí, perrito! —murmuró Hogey.

El perro avanzó silenciosamente hacia él, olisqueó su mano, y dejó oír un pequeño gruñido de reconocimiento. Luego, aún jadeando de su carrera, empezó a jugar alrededor de Hogey para testimoniarle su afecto de buen perro fiel e invitarle a jugar con él. Desde el porche, el hombre le silbó. El perro se inmovilizó un instante, luego echó a correr de nuevo ladera arriba.

—No había nadie, ¿verdad, Hookey? —dijo el hombre—. Algún animalejo, ¿eh?

La contrapuerta sonó de nuevo, y la luz del porche se apagó. Hogey permanecía de pie, la mirada fija, incapaz de pensar. En alguna parte, detrás de aquella ventana, se hallaban su mujer y su hijo.

¿Y qué diablos podía hacer un hombre del espacio, un acróbata, con una mujer y un hijo?

Al cabo de aproximadamente un minuto, se decidió a dar algunos pasos adelante; pero tropezó con una pala y luego su pie se hundió en una sustancia blanda que dejó oír un *¡floc!* y se lo tragó hasta la altura del tobillo. Cayó boca abajo en un montón de arena, y su pie se hundió más profundamente en el empapado suelo.

Permaneció tendido un momento, con su frente, cuya herida le escocía, apoyada en su brazo, maldiciendo en voz baja y llorando. Finalmente se giró rodando sobre sí mismo, retiró su pie del cenagal y se quitó los zapatos. Estaban cubiertos de lodo... un lodo arenoso y pegajoso.

La oscuridad giraba a su alrededor, y el viento le cortaba la respiración. Se dejó caer de nuevo sobre el montón de arena y hundió sus pies en el lodo, agitando los dedos. Reía silenciosamente y su rostro, azotado por el viento, estaba mojado. No podía pensar. No podía recordar dónde estaba ni por qué estaba allí; por otro lado, había dejado de preocuparle, y al cabo de unos instantes se sintió mejor.

Las estrellas giraban sobre él en una danza desenfadada, el lodo refrescaba sus pies, y la arena era suave bajo su espalda. Vio a un cohete elevarse de la estación, sobre un chorro de llamas, y aguardó la explosión; pero dormía ya cuando esta se produjo.

Era bien pasada la medianoche cuando Hogey sintió al perro pasar una húmeda lengua por su oreja y mejilla. Lo rechazó maldiciendo en voz baja y se limpió el rostro. Luego, al hacer un movimiento, dejó escapar un gemido: ¡sus pies le ardían como si los tuviera metidos en fuego! Intentó levantarlos, pero se negaron a moverse. Algo no iba como era debido en sus piernas.

Durante un instante miró a su alrededor desconcertado, intentando taladrar la oscuridad. Luego, recordando de pronto dónde estaba, cerró los ojos y se estremeció. Cuando volvió a abrir los párpados, la luna había surgido desde atrás de una nube y pudo distinguir claramente la trampa en la cual se había dejado caer por descuido. Un amasijo de viejas planchas, una pila de armazones de madera recién cortada y apilada cuidadosamente, un pico y una pala, un montón de arena, otro de tierra recién removida, y una hormigonera, eran suficientes para explicar su caída.

Sujetó sus tobillos con las dos manos y tiró con todas sus fuerzas, pero sus pies seguían negándose a moverse. Presa de un repentino terror, intentó levantarse; pero sus tobillos estaban aprisionados en el cemento y volvió a caer hacia atrás, en la arena, lanzando un sordo gemido. Permaneció inmóvil durante algunos minutos, esforzándose en reflexionar.

Tiró primero de su pie izquierdo. Estaba aprisionado como dentro de un torno. Tiró, más desesperadamente aún, de su pie derecho... tan sólidamente inmovilizado como el otro.

Se irguió con un débil gemido y se agarró al rugoso cemento, que rompió sus uñas e hizo sangrar las puntas de sus dedos. La superficie del cemento estaba aún húmeda, pero había fraguado mientras él dormía.

Permaneció sentado, desconcertado, hasta que Hookey acudió a lamer sus despellejados dedos. Apartó al perro con un golpe de su hombro y hundió sus manos en la arena para detener la sangre. Hookey empezó a lamerle el rostro para testimoniarle, jadeando, su afecto.

—¡Lárgate! —le gritó, con voz ronca y colérica.

El perro dejó oír un débil gemido, se alejó un poco, empezó a girar sobre sí mismo, luego regresó para tenderse en la arena delante mismo de Hogey, avanzando hacia él centímetro a centímetro con aire vacilante.

Hogey recogió un puñado de arena seca y maldijo entre dientes, mientras dejaba que su mirada vagara hacia el cielo. Sus ojos se posaron en el resplandor —la base espacial— que se elevaba al oeste, brillando en el Gran Abismo sin fondo, allá donde estaba todo el equipo: Nichols y Guerrero, Laurenti y Fats. Sin olvidar a Keesey, el que lo había reemplazado a él.

Keesey lo iba a pasar mal durante un cierto tiempo. El abismo no era un patio de juegos. La primera vez que uno abandonaba la estación con un traje espacial se veía apresado por el abismo. Todo rodaba, y uno rodaba con todo. Todo: los armazones de acero, la estación en forma de rueda, las esferas y los muelles y las formas de pesadilla... todo ello unido por cordones umbilicales y tubos flexibles que hacían que aquel ensamblaje de cosas heteróclitas se pareciera a algún monstruo marino que navegara sobre un océano negro, con sus tentáculos unidos unos a otros por hilos flotando a la deriva al ritmo del oscuro flujo que los arrastraba.

Todo era brillante —con un brillo que dolía— o por el contrario de un negro absoluto; y todo giraba alrededor de uno, y uno se volvía loco intentando determinar de qué lado estaba el abajo. De hecho, uno necesitaba meses enteros para hacer comprender a su cuerpo que *todas* las direcciones conducían hacia abajo, y que el abismo carecía de fondo.

Hogey captó un sonido como de llanto traído por el viento, y permaneció completamente inmóvil, con el oído tendido.

Era un llanto de bebé.

Necesitó casi un minuto para comprender el significado de aquel llanto. Y entonces le golpeó en lo más profundo de su ser, y empezó a tirar frenéticamente de sus aprisionados pies, sollozando desde lo más profundo de su garganta. Pero, diciéndose que iban a oírle si continuaba así, se detuvo y se tapó los oídos para impedir que el grito de su hijo llegara hasta ellos. Una luz se encendió en la casa y, cuando se apagó de nuevo, el bebé había dejado de llorar.

Otro cohete se elevó de la estación, y Hogey lo maldijo. El espacio era una enfermedad, y él la tenía.

—¡Socorro! —gritó de pronto—. ¡Estoy atrapado! ¡Socorro! ¡Socorro!

Luego, dándose cuenta que gritaba como un poseso para llamar al cielo a que acudiera en su ayuda y que luchaba en vano contra el implacable cemento que aprisionaba sus pies, se calló.

La luz se había encendido de nuevo en la casa, y ahora oía débiles sonidos. Aquel movimiento despertó de nuevo al bebé, y el viento trajo otra vez hasta Hogey su llanto.

—Que lo hagan callar, que hagan callar al niño —suplicó para sí.

Pero aquello no serviría de nada. No era culpa del niño, ni era culpa de Marie. En la estación le habían dicho que los padres de familia no eran admitidos en el espacio, pero tampoco era culpa de ellos. Tenían razón, y al único al que debía culpar era a sí mismo. El niño era un accidente, pero esto no cambiaba nada. Absolutamente nada. Y esta era la tragedia.

Un acróbata no tenía nada que hacer con una familia. Pero entonces, ¿qué podía hacer? ¿Tomar un cuchillo de carnicero y convertirse en un eunuco? Esa no era tampoco la solución: allá arriba, en el espacio, necesitaban toros... no bueyes. Y, cuando un hombre bajaba tras un viaje de un año, ¿qué debía hacer? ¿Ir a vivir a una cabaña aislada y leer libros para distraerse? No. Porque él era un hombre, y por eso se buscaba una mujer. Y puesto que esa mujer era una mujer, ponía al mundo un niño. Eso era todo. No era culpa de nadie. De nadie en absoluto.

Contempló el rojizo ojo de Marte que brillaba muy bajo, al sudoeste. Ahora se estaban organizando expediciones hacia este planeta y, el año próximo, hubiera formado parte del largo viaje...

¿Pero de qué servía pensar en aquello? El año próximo y los demás años por venir pertenecían al *pequeño* Hogey.

Permaneció allí, con los pies aprisionados en el sólido cemento, la mirada perdida en el Gran Abismo sin fondo, mientras los vagidos de su hijo le llegaban desde la casa y los hombres de la familia Hauptman se abrían camino a través de las altas hierbas para acudir en busca de la persona a la que habían oído gritar. Los pies de Hogey estaban fuertemente apresados, y jamás conseguiría liberarlos. Sollozaba débilmente cuando los hombres lo descubrieron.

FIN

Libros Tauro